



Antonio Soler
Las bailarinas muertas



Galaxia Gutenberg

ANTONIO SOLER

Las bailarinas muertas

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre 2016

© Antonio Soler Marcos, 1996, 2016
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Depósito legal: B. 17244-2016
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16734-46-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Aquellos años tan desdichados
en los que fuimos tan felices.

ALEJANDRO DUMAS

Siempre imaginé a las bailarinas muertas cayendo sobre el escenario con el mismo ruido con que Tatín se dejaba ir al suelo. En mi mente, las bailarinas se desplomaban con ese ruido metálico y a la vez blando de lentejuelas aplastadas y carne desnuda que producía Tatín, aunque Tatín no llevaba lentejuelas y la mayor parte de las veces, al caer al suelo, levantaba una nubecilla de polvo y se oía bajo su cuerpo un roer de piedras y guijarros que se debían de hincar dolorosamente en su esqueleto. Ése era el inconveniente de jugar de portero, aunque también tenía otros igual de insoportables, como recibir balonazos en mitad del pecho o en la entrepierna. Y además estaba el aburrimiento, los ratos en los que la pelota rondaba la portería contraria y Tatín se distraía limpiando el suelo de piedras y ordenando los postes hasta que el equipo de enfrente emprendía un ataque y de nuevo lo obligaba a revolcarse por el suelo o le propinaba un pelotazo en el abdomen o en plena cara, porque Tatín tenía mucho pundonor y nunca se apartaba de la trayectoria del balón, aunque los defensas nos diéramos la vuelta o corriésemos para otro lado. Para empeorar las cosas, Tatín tenía gafas, y sólo consentía quitárselas cuando Castillo jugaba de delantero en el equipo contrario y las espinillas y los granos de Castillo le escocían la cara y lo ponían de mal humor. Entonces, Tatín doblaba con mucho cuidado las

gafas y las metía en el bolsillo de un abrigo o en medio de uno de los jerseys que servían de poste, y los ojos parecía que se le licuaban y que las pupilas celestes se le iban a derramar en cualquier momento por la cara, como dos lágrimas tintadas con el color del cielo.

Es verdad que Tatín no llevaba lentejuelas, pero llevaba hierros y correas alrededor de las piernas, un andamiaje de hojalata y cuero que le subía de los tobillos y, bajo el pantalón, se le perdía muslos arriba. Tatín tenía la polio, por eso, por muchos goles que le metieran y por mucho que se aburriese de quitar piedras y ordenar los abrigos de los postes, nunca cambiábamos de portero como hacían los demás equipos, y por eso, cuando caía al suelo sin impulso ni salto alguno, largo y firme como un árbol recién talado, como un mástil o un poste de telégrafos que un rayo acabara de segar, el ruido de esos hierros y de su carne al chocar con la tierra me recordaba aquel otro sonido que producían las bailarinas al caerse muertas en el escenario, un sonido que yo no había escuchado nunca pero que había imaginado cientos de veces oyendo a mi padre y a mi madre hablar de las cartas que mi hermano enviaba desde Barcelona, a donde él, mi hermano, había ido para hacerse bailarín y artista.

El misterio de aquel sonido dejó para siempre unidas en mi memoria la figura de Tatín y aquella otra, brumosa e imaginaria, de Soledad Rubí, que en realidad se llamaba Sonsoles Aranguren y que fue la tercera bailarina en caer muerta, en realidad medio muerta, sobre las pulidas tablas del escenario de aquel cabaret en el que trabajaba mi hermano y que yo siempre supuse cargado de humo y con cortinas de color rojo oscuro, como la sangre cuando deja de manar de una herida y empieza a formar en el suelo una gelatina suave y aterciopelada.

A veces he pensado que quizá no fue sólo el sonido lo que dejó entrelazadas para siempre las historias de Tatín y las bailarinas, sino el hecho de que sucedieran de modo simultáneo. En aquel tiempo, antes y después de irme a jugar a la calle y ver y oír caer a Tatín al suelo una y otra vez, yo siempre oía hablar en mi casa del cabaret donde trabajaba mi hermano, una y otra vez veía a mi madre leer muy despacio las cartas que él mandaba desde Barcelona para luego volver a leerlas de nuevo, como si quisiera descifrar algún mensaje secreto en aquellas letras redondas y alegres que parecían bailar por el papel como bailaba mi hermano por el escenario, despreocupado y sonriente. Y una y otra vez oía yo a mi padre comentar con su ayudante, y con el Toto y con sus amigos de Los 21, que en la sala de fiestas a la que había ido a parar mi hermano las bailarinas morían como chinches y que ya todo el mundo iba allí no a verles las piernas ni las pechugas, y menos todavía a contemplar cómo bailaban, sino a ver cómo las bailarinas se caían muertas sobre el escenario y así poder comparar cuál se había muerto mejor.

Eso pensaba a veces, que el hecho de asociar una y otra historia se debió a que transcurrieron en una misma época, pero la verdad es que en aquel tiempo yo también pasaba cada día siete u ocho horas delante de doña Carmen, y mil veces al día, o un millón de veces si estaba resfriado, veía cómo el Mocos se sorbía la nariz, y nunca se me ocurrió relacionar a doña Carmen ni al Mocos con las bailarinas fulminadas. Creo que tampoco se habría fundido en mi mente el portero con polio con aquellas mujeres que se morían a más de mil kilómetros de distancia, si al caer Tatín no hubiera crujido del modo misterioso con que crujían o me habían dicho que crujían o yo había soñado que crujían las compañeras de mi hermano,

entre el humo y las cortinas que tenían el color de la sangre a medio cuajar. De no haber sido por ese ruido, yo habría continuado mirando a Tatín únicamente como a un portero eterno y con la agilidad trabada, y quizá no me habría interesado de aquel modo por las cartas de mi hermano ni por las historias que en ellas contaba, y habría dejado que las cosas siguieran el mismo curso, sosegado y armónico, como un baile dulce, que habían tenido desde que meses atrás mi hermano emprendiera su viaje a Barcelona.

Después de aquel viaje que yo imaginaba largo y nocturno —largo como si hubieran unido diez noches una detrás de otra igual que iban unidos los vagones del tren—, cuajado de andenes vacíos, viajeros insomnes y luces misteriosas, nada más llegar a Barcelona, mi hermano, que entonces se llamaba Ramón, fue a hospedarse en la pensión del fotógrafo Rovira. En realidad la pensión era de la mujer de Rovira, Angelines, y se llamaba pensión Ríos-España, aunque la mujer de Rovira no se llamaba ni Ríos ni España, sino Cortés Esplá, Angelines Cortés Esplá.

Era una pensión de artistas y en ella, aparte de Poveda, un afilador que nunca afilaba nada y que se pasaba los días durmiendo y las noches mirando las estrellas como si fuera millonario, sólo vivían compañeros del mismo cabaret que había contratado a mi hermano. Había varias bailarinas, entre ellas la que, inaugurando la tradición, fue la primera en morir en el escenario, Hortensia Ruiz, y a la que artísticamente le decían Lili, un camarero que de verdad se llamaba Álvarez y que parecía sordomudo, un trompetista al que todos, en el cabaret y en la pensión, decían Trompeta y un mago disfrazado de chino, Chin Lu, que era un cantante de zarzuela fracasado y cuyo verdadero nombre era Bonilla. Bonilla siempre iba a desayu-

nar al comedor envuelto en un batín de seda con un dragón dibujado en la espalda y con el bigote de chino de la última actuación todavía puesto, aunque ya desbaratado y medio colgando por un lado de la boca después de haber estado durmiendo con él puesto el final de la noche y la mañana entera.

Lo del desayuno del mago era un abuso, ya lo dijo mi hermano en la primera carta y así lo consideraban todos sus compañeros de hospedaje, porque en realidad lo que el falso chino hacía era levantarse unos minutos antes que el resto de los artistas y que el afilador y el camarero para coger sitio en la única mesa donde daba el sol y obligar a doña Angelines a interrumpir sus labores previas a la comida para servirle café, ensaimadas y un par de magdalenas, ingerido lo cual, se quedaba allí, sesteando quince o veinte minutos bajo la tibieza del sol, con la cabeza descolgándosele una y otra vez sobre el pecho, medio roncando y con el bigote torcido bajándosele por un lado o por otro de la boca, hasta que sus compañeros de pensión y de cabaret empezaban a llenar el comedor y el trasiego de los cubiertos y el olor de la comida lo devolvían a la realidad para encontrar ante sí un plato de estofado o un potaje denso que, con una sonrisa previa, no se sabe si dedicada a sus vecinos de mesa o al propio guiso, el falso oriental empezaba a engullir de un modo laborioso, lento, pero implacable.

En realidad, la comida era el postre del desayuno, o quizá el desayuno era el aperitivo de la comida. En cualquier caso, estaba claro que el chino Bonilla no perdonaba las condiciones de tres comidas que en su día doña Angelines le había ofrecido a su llegada a la pensión Ríos-España. Y justo aquello era lo que levantaba críticas entre sus compañeros, aquel afán puntillista que parecía no

tener en cuenta los desvelos de doña Angelines ni su sometimiento al artístico horario de sus inquilinos, que la obligaban a vivir eternamente como un fantasma, siempre andando de puntillas para no desvelar el sueño de aquella trupe noctámbula en la que también estaba incluido su marido, el fotógrafo Rovira, pues éste era el fotógrafo oficial del cabaret y se dedicaba a retratar a los artistas mientras cantaban y a seleccionar después las fotos mejores para colocarlas en la vitrina que había en la puerta o incluso para hacer los carteles que por todo el Paralelo y por toda Barcelona anunciaban las actuaciones del cabaret. Aunque eso de los carteles se llevaba a cabo de tarde en tarde, y la mayor parte de las fotografías las hacía Rovira a las bailarinas y a los artistas antes y después del espectáculo, cuando se sentaban a tomar copas y a charlar con los clientes y éstos, para conservar de algún modo un recuerdo de aquella noche y del divertimento y de las bailarinas que los habían embriagado, se ajustaban el cuello de la camisa, se peinaban con la punta de los dedos y le pedían a Rovira que los retratara con el brazo echado por encima de una bailarina o sonriendo al lado de un músico.

A su modo, Rovira también era un artista. Y por eso, porque era un artista, sólo se encontraba a gusto trabajando en el cabaret. A veces, mientras estaba atareado en su habitación de luces rojas, un vaho melancólico o un temor insólito se adueñaban inesperadamente de su ánimo y, dejando las fotos recién reveladas puestas a secar o incluso flotando en el baño fijador, bajaba apresurado las escaleras de la pensión y se dirigía al cabaret, donde en esos momentos estaban bajando las sillas de las mesas y no se oía otra música ni murmullo que el sumir lento y atragantado de las tuberías o el roce de las sillas al ser

depositadas en el suelo por la mano cansada, pero todavía firme, de Anselmo, el encargado. Y allí, sin la eterna cámara colgando del cuello, se quedaba el fotógrafo Rovira mirando el escenario vacío y las bambalinas como quien mira dormir a la mujer de la que está enamorado, acariciando con la mirada los cortinajes, las pinturas de las paredes y hasta las manchas de humedad y los desconchones que la iluminación de la noche hacía invisibles.

Después de aquella mirada lenta, Rovira se quedaba un rato hablando distraídamente con Anselmo el encargado o con alguna bailarina que entonces, vestida de calle y sin maquillar, todavía no parecía una bailarina. Ya por completo calmado, se volvía Rovira a la pensión para sacar del baño fijador las fotografías que en él había dejado sumergidas y para empezar el lento aseo que cada noche culminaba frente al espejo del recibidor, donde el fotógrafo, de modo invariable, se miraba de perfil y se daba unos toques que le desaliñaban el tupé antes de encaminarse, ahora sí, con la cámara en bandolera, hacia el cabaret. Con aquel tupé de aventurero elegante, de caballero atareado, hacía Rovira su entrada en la sala de fiestas llevando en su interior el mismo fuego sagrado que impulsaba a los artistas a salir al escenario, y aunque a él nadie le aplaudía ni le dedicaba silbido alguno y en realidad su figura no era más que una sombra moviéndose en la borrosa penumbra de la entrada, a Rovira le gustaba llegar cuando el local rebosaba humo y clientes y ya no había desconchones por ningún lado ni quedaba rastro de aquel rumor enfermo de las cañerías que algunas tardes, como un médico preocupado por los bronquios de su paciente, iba a escuchar.

Fue precisamente en compañía de Rovira como mi hermano entró por primera vez en el cabaret. Y fue el fotó-

grafo quien le presentó a don Mauricio Céspedes, el propietario del local, que saludó a mi hermano efusivamente y con muchas muestras de afecto, como si hiciera mucho tiempo que no lo hubiese visto. De algún modo era verdad que hacía mucho que no había visto a mi hermano, pues no lo había visto en toda su vida y sólo había tenido referencias suyas a través de Carmona, el representante que lo había contratado. Con mucho entusiasmo, preguntándole qué quería beber, llamando al camarero y a la vez ordenándole a Rovira que lo retratara con mi hermano y a éste que se sentase a su lado para que los retratara Rovira, don Mauricio Céspedes, limpiándose con un pañuelo el sudor de la frente medio calva, se interesó por el viaje de Ramón, y por su cansancio y por sus ganas de empezar a trabajar. A todo se contestaba él mismo con una sonrisa afectuosa y diciendo a cada paso, Sí señor, sí, sí señor. Y antes de que mi hermano se llevara a los labios el cóctel que don Mauricio Céspedes le acababa de pedir, ya estaba presentándole don Mauricio a su mujer, y antes de que mi hermano lograra distinguir el rostro de la señora Adela de Céspedes de las pieles que lo envolvían como si la señora fuese un embozado del Tenorio, ya estaba posando para una nueva foto que Rovira, por orden de don Mauricio, Échenos una foto, Rovira, le estaba haciendo al matrimonio en compañía de mi hermano. Y antes de que cesara el fogueo del flas ya estaba el propietario palmeando el hombro de Ramón y diciéndole a Rovira que lo llevase a los camerinos y le fuese presentando a sus compañeros, y que al día siguiente quería copia, dos copias de las fotos que les acababa de echar. Dos de cada una.

Pero al día siguiente ya no se acordaba don Mauricio Céspedes de las fotos ni tenía el mismo nerviosismo que le proporcionaba la presencia de su mujer en el cabaret, y

aunque no dejaba de ir de un lado para otro ni de santi-
guarse con aquel pañuelo blanco, siempre andaba con
escolta de champán y mujeres hermosas, bailarinas y no
bailarinas, que volaban de su lado como palomas asusta-
das cuando Amalia Moreno, la Bella Manolita, hacía su
aparición e iba a sentarse al lado de don Mauricio. Y
cuando, pasado el tiempo, semanas o meses después, Ro-
vira le llevaba las fotografías encargadas, don Mauricio
Céspedes siempre las miraba extrañado, sin saber cuándo
ni por qué le habían hecho aquella foto y hasta dudando
de que el sujeto retratado fuese un impostor suyo y no
él mismo. Y salvo alguna rara excepción, siempre daba el
mismo encargo al fotógrafo, Repártalas, repártalas entre
los muchachos, y si no, mejor, para usted, Rovira, para su
archivo. Y Rovira, que previamente ya había apalabrado
las fotos con alguna de las personas que en ellas apare-
cían, salvado aquel trámite, procedía a regalar o a vender,
dependiendo de que el retratado fuese de la casa o cliente,
las fotografías en cuestión.

Así pasaron a ser propiedad de mi hermano aquellas
dos fotos que serían el inicio de una larguísima colección
con la que tiempo después, muchos años después, cuando
su aventura de Barcelona ya había concluido y yo tenía el
doble de la edad con la que él se había marchado a esa
ciudad, mi hermano se entretendría rellenando álbumes
con aquellos rostros festivos y lejanos que el tiempo no
lograba evaporar de su memoria, donde habían quedado
prendidos como si Rovira hubiese llenado el cráneo de mi
hermano con aquel líquido fijador suyo y éste las hubiera
dejado estampadas para siempre en los badenes y recove-
cos de su cerebro.

Pero la primera foto que mi hermano, que todavía se
llamaba Ramón, envió por correo no fue aquella en la

que posó con el dueño del cabaret nada más conocerlo, ni siquiera la que Rovira le hizo apretujado entre don Mauricio Céspedes y su señora, de la que sólo se veían unos ojos muy grandes en medio de una nube de pieles de color blanco. Éstas las veía yo más adelante, cuando en unas vacaciones mi hermano llevó a mi casa dos cajas de zapatos llenas de fotografías revueltas. Pero entonces, la primera foto que mandó fue una en la que él, mi hermano, aparecía en medio de un grupo de bailarinas. Estaba muy delgado, llevaba un jersey oscuro que yo no le conocía y el pelo de una manera distinta, amontonado encima de la frente en un tupé muy grande, como si de pronto le hubiera salido una barbaridad de pelo y no supiese qué hacer con él más que peinárselo así para arriba y domarlo con agua o con lo que fuera que se hubiese mojado la cabeza. A su alrededor, alrededor de la delgadez de mi hermano y de aquella desproporcionada boina de pelo, había cuatro bailarinas, dos llevaban un casquete del que salían unas plumas que en el blanco y negro de la foto se veían de color gris claro, y las otras dos lucían unas mechas brillantes, una rubia y con rizos y ondulaciones, y otra con el pelo lacio y oscuro, no se sabe si moreno o tal vez pelirrojo tostado, y todas sonreían como si estuvieran muy contentas de estar con mi hermano, aunque tampoco ellas lo habían visto en su vida hasta unos días antes. Sólo iban vestidas las bailarinas con unos sostenes de plata, bordados de lentejuelas que tenían un resplandor muy suave, y también se les veían muy suaves los pechos, que casi se les escapaban de aquellos cuencos plateados y que eran lisos. Aunque en la foto no se movían, aquellos pechos daban la impresión de llevar dentro el mismo temblor que tenían los flanes en el plato cuando yo los llevaba de la cocina al comedor, un vaivén firme, y eran tan

lisos como los flanes, no como los que hacía mi madre, que siempre tenían estrías y cavas y grumos de huevo, sino lisos como los flanes de la casa Mandarín que a veces mi madre compraba y que en el paquete llevaban retratado un chino que a lo mejor se parecía al chino Bonilla, Chin Lu, y que como él iba vestido con un traje de seda y con un bonete negro que a lo mejor el chino de la pensión Ríos-España de Barcelona también tenía.

La verdad es que todo en la foto era suavidad y lisura, hasta el papel de la fotografía tenía una suavidad y un brillo que yo nunca había visto en ningún otro papel de fotografía. Era un papel delgado y dócil y tenía un olor raro, no sé si olía al tren en el que había venido la carta, a perfume de bailarina o al baño fijador que Rovira le ponía a todas sus cosas. Al ver la foto, mi padre y mi madre nada comentaron de aquel olor ni tampoco de la suavidad de la fotografía, ni siquiera de la maraña de pelos repeinados que mi hermano llevaba encima de la frente, sólo poniendo cara de pena dijo mi madre que Ramón estaba muy delgado, y cuando mi padre comentó algo de las bailarinas ella dijo que todo era cosa del maquillaje, y aunque mi padre no dijo nada se vio que no se quedaba muy convencido con la sentencia de mi madre, y todavía estuvo un rato mirando con una sonrisa la fotografía, no se sabe si fijándose en la delgadez de mi hermano, en su masa de pelos o en el dudoso maquillaje aquel de las bailarinas, tan hermosas dentro de sus sostenes de plata que nadie se habría atrevido a pensar que cualquier día se podían morir en medio del escenario. Y es que por aquel entonces todavía no se había muerto ninguna bailarina ni ninguna se había caído con ningún ruido en mitad del espectáculo.

Y como no había muerto ninguna bailarina ni en mi casa se hablaba de aquella epidemia mediante la cual las

artistas acababan su baile en agonía y por los suelos, yo, al ver a Tatín en su eterno puesto de portero no tenía presente las palabras de mi madre diciendo que a ver si la desgracia del cabaret iba a coger a mi hermano y un día también Ramón iba a caerse fulminado por un tiro o por un rayo en aquella tarima que ya debía de estar reblandecida de tanto golpe y de tanta sangre como en los últimos tiempos había recibido. Al oír caer a Tatín yo sólo pensaba entonces en correr por la banda y desmarcarme para que él, una vez alzado de su caída, polvoriento y con cara de furia, me echase la pelota y yo a mi vez se la pudiera pasar al Guille, a Castillo o a cualquiera que jugase de delantero. Sobre todo me afanaba yo en mi trabajo si era domingo o sábado por la tarde y estábamos jugando en los Campos 21 o, peor todavía, frente al Colegio de los Sordomudos, donde acudían a jugar equipos de la Granja Suárez y gente con las piernas llenas de pelo que chutaba todo el rato como Castillo cuando las espinillas se le ponían rebeldes y le escocían la cara entera. Aquella gente de Suárez y de esos otros barrios que ya no eran barrios y se mezclaban con desmontes y con los últimos arrabales, parecía que tuviese la pus de las espinillas repartida por todo el cuerpo y por todo el alma y que no tuviera otra forma de quitársela de encima más que a fuerza de patadas.

En los Campos 21 la cosa era más llevadera, todo tenía otro sosiego y los partidos se parecían más a un juego que a aquel miedo y a aquella angustia de perder la cara de un balonazo que uno sentía nada más ver de lejos el Colegio de los Sordomudos y la explanada de tierra que había delante de él, con los equipos que esperaban su turno sentados en las orillas del terrizo, callados y escupiendo por una esquina de la boca con aquel muelle que parecían tener debajo de la lengua. En los Campos 21 no

había problema con Tatín, los del otro equipo, quienes quiera que fuesen, al ver los hierros y las correas de nuestro portero siempre aceptaban bajar el larguero imaginario de nuestra portería, y a veces, en contra de las protestas del propio Tatín, hasta consentían que la acortásemos uno o dos pasos de largo. En los Sordomudos no hubo ninguna ocasión en la que consiguiéramos unir ni una sola cuarta las piedras que servían de poste ni bajar un centímetro la altura del supuesto larguero. Las negociaciones eran farragosas, y los de Suárez, aunque ya nos conocieran de otras veces, siempre se quedaban mirando las piernas de Tatín con un aire avieso, como si nos acabáramos de inventar lo de la polio de nuestro guardameta o éste llevara arrastrando por antojo aquella impedimenta de cuero y metal.

Por fortuna, aquellas excursiones sólo las emprendíamos de tarde en tarde. Como si nos arrastrara un oscuro deber y sin que nadie dijera nada, de pronto nos veíamos con la pelota bajo el brazo caminando hacia el Colegio de los Sordomudos. Nadie disfrutaba con esos partidos, ni siquiera Castillo, que en medio de aquella gente pasaba desapercibido por mucho que se esforzara en hacer filigranas y dar unas patadas al balón que de ninguna manera podían competir con los cañonazos que a cada instante lanzaban los futbolistas de la Granja Suárez. Y si a todos se nos encogía el corazón cada vez que se nos acercaba alguno de aquellos individuos que tenían galope de caballo y que como caballos resoplaban y levantaban polvo y piedras en su carrera, a Tatín aquel peligro parecía estimularle sus ansias suicidas, y todo el rato estaba dándonos órdenes, anunciándonos con la clarividencia de un espiritista por dónde iba a llegar el balón a la vez que él mismo intentaba colocarse en la trayectoria de aquella

bala de cuero y, sin importarle que le revoleasen las gafas o le sangrara la nariz, levantaba los brazos al cielo y se dejaba caer hacia un lado como un mástil herido por un rayo, como un árbol sin ramas ni follaje que le amortiguaran el golpe.

Al final de la tarde, cuando ya volvíamos camino de nuestra calle sin saber exactamente cuántos goles nos habían metido, contentos de haber salido ilesos de aquella encrucijada aunque cargando con un raro pesar que a todos nos rondaba el ánimo, yo siempre me fijaba en Tatín. Cubierto de polvo y lleno de mataduras, era algo así como nuestro estandarte, una bandera desgarrada por la batalla. Y en el silencio primero de la noche, a cada paso escuchaba yo el chirrido de sus piernas, que a esas horas ya habían perdido el engrase que por la mañana debían de aplicarle y crujían como una puerta entornada a la que el viento meciera de un lado para otro.

El crujido aquél era una despedida, un adiós, porque con él acababa el domingo y la mayor parte de las veces, aquel equipo disparejo que formábamos los amigos de la calle Antonio Jiménez Ruiz no volvía a reunirse hasta el sábado siguiente por más que cada uno por su lado siguiera toda la semana corriendo detrás de un balón e intentando imitar los regates y quiebras de Castillo. Y es que cada cual iba a un colegio distinto. A Tatín sus tías lo habían apuntado a un colegio de curas, el Guille y Castillo no sé yo a dónde iban, ni Diego Manuel. Manolito Tejada y Pepito eran del Sagrado Corazón, aunque Pepito casi nunca jugaba al fútbol y siempre estaba fumando por las esquinas o encerrado en los retretes o metido en el camión del Cuellicorto, aprendiendo a toser y a escupir como los hombres, con aliento de taberna y una nube de humo flotando siempre a su alrededor. El Nono y Barea,

que siempre llevaba pantalón largo y tenía a su padre en Alemania, eran de las Mercedes, el colegio que había cerca de la Granja Suárez.

En el colegio de doña Carmen estábamos el Mocos y yo. También estaba allí Bravo Garzolini, que era mi compañero de banca, aunque él no le tenía mucha afición al fútbol y sólo jugaba cuando por descuido doña Carmen olvidaba nuestro eterno castigo y salíamos unos minutos al patio de recreo. Bravo Garzolini ni siquiera se quitaba el abrigo, y corría detrás de la pelota con las manos metidas en los bolsillos y con cara de sueño. Los domingos yo lo veía pasar por la esquina de mi calle de la mano de sus padres, con un abrigo distinto, un abrigo de color vainilla, de esos que le ponían a uno para ir de visita o para ir al médico, sólo que él no iba de visita ni al médico sino a comprar dulces a la Jijona y a comérselos luego en su casa, ya con el abrigo quitado aunque con la misma cara de sueño con que jugaba al fútbol, hacía la plana o pasaba por mi calle los domingos por la tarde.

Tampoco se le quitaba la cara de estar medio dormido cuando escuchaba el repertorio del Pitracó, que era vecino suyo y también estaba en el colegio de doña Carmen, aunque tenía autorización para salir una hora antes y así poder ir a la Academia Almi. El Pitracó siempre estaba yendo o viniendo de la Almi, y si no estaba yendo o viniendo o escribiendo a máquina en la Academia Almi, estaba hablando de la Almi y de las pulsaciones que daba en la Almi y de su máquina Olivetti y de todas las máquinas Olivetti que había en la Almi y de lo rápido que escribía él en aquellas máquinas. Bravo Garzolini lo escuchaba como si no supiera de qué le estaba hablando y no le importara no saberlo, siempre a punto de bostezar o de

dejarse caer de bruces en el pupitre para no oír más al Pitracó hablar de la Almi y no hacer más planas y no tener que despertarse hasta la hora de la salida, o mejor, hasta el domingo por la tarde, cuando sus padres hubiesen regresado de la pastelería y al abrir los ojos encontrara ante sí los dulces de la Jijona como el chino Chin Lu, a más de mil kilómetros de allí, en la pensión Ríos-España de Barcelona, encontraba al despertar un plato de potaje que era el postre de su desayuno.

También teníamos en el colegio de doña Carmen a Conchi Canca. El Pitracó, doña Carmen, el Mocos y todo el mundo en el colegio estaba enamorado de Conchi Canca, y todas las mañanas nos pasaban la libreta con la plana perfecta que Conchi Canca había hecho el día anterior, y la sacaban de la clase de las niñas y la subían a la tarima para que en la pizarra nos dibujara con tizas de colores el dibujo que el sábado tenía que ilustrar el resumen del Evangelio. Viéndola usar aquellas tizas que ni las maestras ni nadie más que ella y doña Carmen podían tocar, todo el mundo se enamoraba todavía más de Conchi Canca, que era una niña transparente a la que se le notaban los dibujos azules de las venas haciéndole garabatos por el cuello y por la cara y por las piernas como si su piel fuese una bolsa de plástico transparente, un plástico muy fino, como si fuese la mitad de un plástico, la piel del plástico. Pero el Pitracó la amaba de todas formas, y en sus sueños se veía yendo a la Academia Almi con Conchi Canca, tocando a cuatro manos en su máquina Olivetti una hermosa escala musical, tecleando codo con codo con aquella niña que era el orgullo del colegio, que escribía sus planas a tinta para que nunca se borraran y que a mí, y también a Bravo Garzolini, nos parecía una especie de bolsa de pipas pero sin pipas, sólo con un raci-

mo de venas azules navegando como algas perdidas bajo el plástico de su piel.

Y todavía había mucha más gente en el colegio de doña Carmen, el Sebas, el Mezcua, Domínguez, Ortigosa, Núñez, los hermanos Baro, Vázquez, el Mondelo, el Morsa y muchos más a los que con las brumas de la memoria ya no les veo la cara ni les recuerdo el nombre. Quien nunca estuvo en el colegio de doña Carmen fue mi hermano. Yo a mi hermano nunca lo recordaba jugando al fútbol, ni al sota, caballo y rey, ni tampoco yendo de un lado para otro con libros ni carpetas. A mi hermano lo único que de verdad le gustaba eran las cosas de los artistas e ir al cine. Iba al cine como el Pitiraco a la Almi y hablaba de las películas como el Pitiraco de su máquina Olivetti, a todas horas. Por eso se fue a Barcelona, y por eso estaba entonces cantando en el cabaret aquel de las cortinas rojas y las nubes de humo.

Desde el día siguiente de su llegada, después de que don Mauricio Céspedes le presentara a su mujer y se hiciera un par de fotografías a su lado, mi hermano, que entonces seguía llamándose Ramón, empezó a poner en práctica todo lo que había aprendido cantando en las verbenas y en las fiestas de los barrios y todas las lecciones que en las academias de don Braulio y Atarazanas había recibido. Pero, sobre todo, allí, en medio de aquel escenario en el que pronto empezarían a morir bailarinas como chinches, mi hermano Ramón vertió como un gran vómito todo el conocimiento que había acumulado a lo largo de los miles y miles de horas que había pasado a oscuras en el Plus Ultra, el Rialto, el Moderno, el Goya, el Echeagaray, el Victoria, el Cayri, el Capitol, el Albéniz, el Duque, el Uncibay Cinema, el Alcázar, el Royal, el Pascualini y en todos los cines y los locales que a cien kilómetros a la

redonda de nuestra casa se les hubiera ocurrido proyectar cualquier tipo de película, sobre todo si en ellas, aunque sólo fuese un segundo, aunque sólo se asomaran por el final de la pantalla para decir buenas tardes, salían Ginger Rogers o Hedy Lamarr, no importaba que Hedy Lamarr nunca bailase. Por ver una sesión doble de Ginger Rogers o una película en la que Hedy Lamarr bailara, mi hermano habría sido capaz de cruzar el desierto del Sahara varias veces, de estar sin comer durante más de un año o de volverse un asesino de esos que salen a la calle y matan al primero que se encuentran.

Por suerte para todo el mundo, nadie le impidió nunca a mi hermano ver ninguna película de Ginger Rogers o de Hedy Lamarr y por eso, en vez de en la cárcel o en un manicomio, estaba en Barcelona, alojado en la pensión del fotógrafo Rovira y contratado en el cabaret de don Mauricio Céspedes. En una carta le contó a mi madre cómo había sido su debut. Había salido en un coro, vestido con un pantalón negro, una camisa de flores sin abotonar amarrada a la cintura y una gorra doblada en la cabeza, sin que lo anunciaran por los micrófonos ni dijeran su nombre ni que había un bailarín nuevo en el espectáculo. Debutó de incógnito, como si fuese un espía que bailaba para disimular que era espía o para vigilar de cerca a otro espía del cabaret. Y con aquella indumentaria, en medio de otros bailarines que iban vestidos igual que él y de unas bailarinas que en vez de pantalones llevaban unas faldas muy cortas aunque la misma camisa y la misma gorra que los hombres, mi hermano había desfilado por el escenario dando giros y vueltas y pasos atrás y haciendo las cosas que hacen los bailarines, y había cantado con sus compañeros el estribillo de una canción entonada por el solista Arturo Reyes, que seguro que en verdad se

llamaba de otro modo, porque en Barcelona, o por lo menos en el cabaret aquél, nadie se llamaba como decía que se llamaba.

Pero, según contaba en su carta, a pesar del anonimato, mi hermano estaba rebosante de alegría nada más que de verse entrar y salir de los camerinos, y de correr a toda prisa por detrás de las cortinas y alinearse en las sombras, apretado entre bailarinas y bailarines mientras la música empezaba a sonar y ellos, deslumbrados por los focos y los aplausos, hacían su aparición en el escenario. Don Mauricio Céspedes, ondeando su pañuelo como un soldado que quisiera rendirse, lo felicitó después de aquella primera actuación medio clandestina, le dio golpes en la espalda y llamó a Rovira para que retratara aquel momento que don Mauricio aseguraba que iba a ser histórico para el cabaret. También fue a felicitarlo la Bella Manolita, que era la querida de don Mauricio Céspedes y también había participado en el número de mi hermano, con su gorra y su camisa anudada encima del ombligo y con unos ojos negros que ella se hacía todavía más grandes y más negros a base de pintura y maquillaje. Su nombre de verdad era Amalia Moreno, y todo el mundo en el cabaret, hasta el propio Rovira, le temía a aquellos ojos que eran dos imanes capaces de absorber la fuerza y la voluntad de quienes los miraban, como si dentro de ellos viviesen las sirenas esas que dejaban a Ulises agotado o aquellas brujas que convertían a los marineros en cerdos.

Pero mi hermano, no se sabe si por haber visto todas las películas de Ulises y de sirenas que se habían hecho en el mundo o porque aquella cortina nueva de pelos que llevaba en la cabeza era capaz de amortiguar el poder de cualquier imán, siempre fue inmune a las miradas cenagosas de la Bella Manolita e incluso llegó a trabar con ella

cierta amistad. Y las más de las veces, cuando la compañía debía bailar emparejada, era mi hermano quien salía a escena llevando a la querida de don Mauricio Céspedes cogida de la mano como si fuese una princesa, sin importarle mirar a lo hondo de aquellos ojos mientras al ritmo de la música giraba abrazado a la cintura de la Bella Manolita o se tenía que quedar inclinado sobre ella cuando la canción acababa y los bailarines parecían haberse convertido en estatuas hasta que los aplausos menguaban y los artistas se retiraban del escenario andando para atrás, inclinándose y lanzando besos al aire para que las palmas aumentaran de nuevo.

No solamente con la querida de don Mauricio se llevaba bien mi hermano. Muy pronto se ganó la simpatía del resto de los bailarines, sobre todo de las bailarinas y sobre de todo de Hortensia Ruiz, Lili, que también estaba alojada en la pensión Ríos-España y que, según pude ver en una foto que mi hermano se hizo con ella antes de que se cayera muerta en el escenario, era rubia, con el pelo lleno de ondulaciones y vaivenes. Tenía los ojos muy claros, y era como si mi hermano se hubiera retratado con dos bailarinas a la vez, porque las carnes de Lili, que también iba vestida con un biquini de pedrería y brillantes, ocupaban casi toda la fotografía, y para que sus pechos se hubieran parecido a algún flan mi madre tendría que haber utilizado como molde los tazones del puchero o incluso la propia olla del puchero, o haberse arruinado comprando flanes de la casa Mandarín para fundirlos en uno solo, o mejor dicho, en dos. Se reía Lili en la foto, contenta de aquellas carnes suyas, como si le hicieran cosquillas las perlas y las lentejuelas que desde el sostén le bajaban en un ramaje muy vistoso hasta el ombligo, donde se le enredaban en un dibujo que la fotografía de Rovira no

alcanzaba a mostrar por completo. Y la mano que se veía en una esquina de la foto sosteniendo una copa con un líquido oscuro y con un reloj con correa de metal, me dijo mi hermano que era de Álvarez, el camarero que de verdad se llamaba Álvarez y que también era compañero suyo de pensión. Aunque todos decían que era sordomudo, a mi hermano llegó a hablarle en más de una ocasión, y hasta le dijo que a él también le gustaba mucho Ginger Rogers, aunque quien de verdad lo volvía loco era Gregory Peck, porque a él, a Álvarez, lo que le iba era la marcha atrás. Eso le dijo a mi hermano, aunque no se lo dijo entonces, sino mucho después, cuando ya se conocían bien y una noche se quedaron los dos en el cabaret después de que se hubiera ido todo el mundo, bebiendo mientras Anselmo el encargado acababa de cuadrar la caja y de apagar todas las luces. Por eso se había ido Álvarez de su pueblo, por lo de la marcha atrás, y por eso era tan callado y siempre iba tan serio y servía las copas a las bailarinas y a los clientes como si los estuviera envenenando, serio como un verdugo, aunque en realidad su víctima era él mismo, porque su vida era una especie de calvario mudo y sin alicientes. A pesar de su seriedad, en el cabaret todo el mundo lo trataba bien y a nadie le preocupaba si iba para atrás, para adelante o para los lados, aunque la verdad es que Álvarez no iba para ninguna parte y su vida era como la de un monje capuchino, sólo que en vez de dar la comunión servía coñac y en lugar de rezar a los santos antes de acostarse se quedaba un rato mirando una postal de Gregory Peck y se encomendaba a él, aunque sin santiguarse.

Pero quien mejor trataba a Álvarez era doña Angelines, la mujer del fotógrafo Rovira, que le cronometraba en la cocina el hervor de los huevos pasados por agua y se

los ponía a Álvarez justo como a él le gustaban, ni blandos ni duros, y cualquier capricho que al camarero se le pasara por la cabeza era inmediatamente adivinado y satisfecho por la dueña de la pensión. Hasta lo de la marcha atrás le había adivinado doña Angelines, y no sólo porque más de una vez hubiera visto la foto de Gregory Peck rondando la mesilla de noche de Álvarez o se la hubiera encontrado entre las sábanas, sino porque doña Angelines también había trabajado en las salas de fiesta y era una mujer de mucho alcance y tenía un conocimiento muy profundo de las cosas y de las personas aunque pareciese que apenas las miraba.

Mi hermano decía que doña Angelines se había retirado tan pronto del mundo del espectáculo precisamente por eso, porque alcanzaba a ver demasiadas cosas, y de tanto ver salía del cabaret cada noche con la cabeza revuelta y con mareos. De no haber sido por eso —y por la desgraciada historia que tuvo con el abogado don Alberto Santos Cambri—, doña Angelines todavía tenía apariencia para estar encima de un escenario vestida con sostenes en miniatura o con camisas atadas por encima del ombligo. Para demostrarlo, Rovira tenía pegadas en las paredes de su laboratorio unas fotografías de doña Angelines, Lina en el cabaret, poco antes de abandonar su carrera artística que eran la envidia de todas las bailarinas que por la pensión Ríos-España pasaban. Pero ella lo había cambiado todo por estar en su casa, cronometrando los huevos de Álvarez, poniéndole el desayuno al chino Bonilla y sembrando su pensión de una armonía que, según mi hermano, nadie había visto nunca en ninguna otra parte, a no ser en la película *Mujercitas*, la de Deanna Durbin, no la de June Allyson y Elizabeth Taylor, que, según Ramón, era peor.